

DEBORAH FELDMAN

UNORTHODOX



Mi verdadera historia



Como miembro de los Satmar, una comunidad de judíos ultraortodoxos en Williamsburg (Brooklyn, Nueva York), Deborah Feldman crece bajo un estricto código de costumbres que rige desde su idioma —el yidis— o su indumentaria hasta sus lecturas y las personas con las que le es permitido relacionarse.

Siendo adolescente, intuye que puede existir una forma de vida alternativa entre los rascacielos de Manhattan, y se debate entre la responsabilidad de ser una buena judía jasídica y sus anhelos de independencia, como los que anidan en las protagonistas de las novelas de Jane Austen o Louisa May Alcott que lee a escondidas de su familia.

Pero pronto se ve atrapada en un matrimonio concertado que resulta frustrante, sexual y emocionalmente.

Todo cambia cuando, a los diecinueve años, da a luz a su hijo y comprende que, a pesar de todos los obstáculos, ha de encontrar para ambos un camino hacia la libertad.



Nota de la autora

Satu Mare (Santa María en húngaro), o Satmar en yiddish, es una ciudad situada en la frontera entre Hungría y Rumanía. ¿A qué responde entonces que una secta jasídica lleve el nombre de una santa cristiana? Bien, en la misión personal que emprendió para rescatar a judíos prominentes de una muerte segura durante la Segunda Guerra Mundial, el abogado y periodista judío húngaro Rudolf Kastner salvó la vida al rabino de dicha ciudad, quien posteriormente emigró a Estados Unidos. Allí logró reunir a una amplia base de seguidores, supervivientes como él, con los que formó una secta jasídica a la que puso el nombre de su ciudad natal. Otros rabinos supervivientes siguieron su ejemplo y adoptaron para sus propias sectas el nombre de las ciudades de las que procedían, con la intención de preservar la memoria de los *shtetls* y las comunidades que habían sido aniquilados durante el Holocausto.

Los judíos jasídicos de Estados Unidos retomaron con entusiasmo un legado que había estado a punto de desaparecer y decidieron vestir el atuendo tradicional y hablar solo en yiddish, como habían hecho sus antepasados. Muchos se oponían con fervor a la creación del Estado de Israel, convencidos de que el genocidio de los judíos había sobrevenido como castigo por su integración y el sionismo. Sin embargo, lo primordial es que los judíos jasídicos se centraron en la reproducción con el firme propósito de reemplazar el gran número de fallecidos en el Holocausto y volver a aumentar así sus filas. A día de hoy, las comunidades jasídicas continúan creciendo rápidamente en lo que se considera la venganza definitiva contra Hitler.

Los nombres y las características que harían posible la identificación de las personas que aparecen en el libro han sido modificados. Si bien los hechos que se describen son ciertos, algunos sucesos se han condensado, unificado o reordenado a fin de salvaguardar la identidad de las personas implicadas y de asegurar la continuidad del relato. Todos los diálogos se aproximan en lo posible a las conversaciones reales que tuvieron lugar, para lo cual he tratado de ceñirme con la máxima fidelidad a mis recuerdos.



Prólogo

En la víspera de mi vigésimo cuarto cumpleaños entrevisté a mi madre. Quedamos en un restaurante vegetariano de Manhattan, uno que se anuncia como ecológico y de proximidad; a pesar de mi reciente afición por el cerdo y el marisco, me decanto por la sencillez que ofrecen esos platos. Con sus grandes ojos azules y el cabello rubio y desaliñado, el camarero que nos sirve tiene un notorio aspecto gentil. Nos trata como si perteneciéramos a la realeza, porque nos encontramos en el Upper East Side y estamos dispuestas a aflojar cien dólares por una comida que consistirá básicamente en verduras. Me resulta irónico que no sepa que ambas somos intrusas, que crea adivinar al instante la vida que llevamos. Jamás imaginé que algo así llegaría a ocurrir.

Antes de encontrarnos, le dije a mi madre que quería hacerle algunas preguntas. Aunque hemos pasado más tiempo juntas durante este último año que en toda mi adolescencia, hasta el momento casi siempre había evitado hablar del pasado. Tal vez prefería mantenerme en la ignorancia. Quizá no deseaba descubrir que toda la información que me habían dado sobre mi madre no era cierta, o puede que no quisiera aceptar lo contrario. Aun así, publicar la historia de mi vida exige una honestidad absoluta, y no solo por mi parte.

Hoy hace justo un año que abandoné la comunidad jasídica para siempre. Tengo veinticuatro, aún me queda toda la vida por delante, y ante mi hijo se abre un futuro lleno de posibilidades. Tengo la sensación de haber llegado a la línea de salida de una carrera justo a tiempo de oír el pistoletazo que dará inicio a la competición. Cuando miro a mi

madre, sé que debe de haber similitudes entre ambas, pero las diferencias se me antojan mucho más evidentes. Ella era mayor que yo cuando se fue, y no me llevó consigo. Su trayectoria habla más de la lucha por la búsqueda de la seguridad que de la felicidad. Nuestros sueños se ciernen sobre nosotras como nubes, pero los míos me parecen mayores y más esponjosos que sus jirones de cirros en lo alto de un cielo invernal.

Desde que tengo memoria, siempre lo he querido todo de la vida, todo lo que pudiera concederme, un deseo que me aparta de quienes están dispuestos a conformarse con menos. No entiendo cómo se puede desear menos, cómo se puede albergar ambiciones limitadas y ridículas cuando las posibilidades son infinitas. No conozco a mi madre lo suficiente para comprender a qué aspira; por lo que sé, considera que tiene grandes e importantes sueños, y eso es algo que debo respetar. A pesar de nuestras diferencias, es innegable que tenemos ciertos puntos en común, como la decisión que ambas tomamos para mejor.

Mi madre nació y creció en una comunidad de judíos alemanes de Gran Bretaña. Si bien se trataba de una familia religiosa, no eran jasidíes. Hija de una pareja divorciada, se describe en aquella época como una joven atribulada, torpe e infeliz. Según me cuenta, sus posibilidades de casarse, y ya no digamos de casarse bien, eran escasas. El camarero deja un plato de palitos de polenta crujientes y judías negras delante de ella, que enseguida coge uno.

Cuando se presentó la oportunidad de casarse con mi padre, aquello le pareció un sueño, dice entre bocado y bocado. Mi padre pertenecía a una familia acomodada que estaba desesperada por casarlo, y había varios hermanos esperando a que se comprometiera para poder emprender sus propias vidas. Tenía veinticuatro años, inconcebiblemente mayor para ser un buen chico judío, demasiado mayor para seguir soltero. Cuantos más años cumplen, meno-

res son las posibilidades de casarse. Rachel, mi madre, era su última oportunidad.

Mi madre recuerda que su propia familia estaba encantada. ¡Iría a Estados Unidos! Les ofrecían un bonito apartamento, totalmente nuevo y amueblado. Se prestaron a correr con todos los gastos. Mi madre recibiría ropa de calidad y joyas, y había una multitud de cuñadas que estaban ansiosas por entablar amistad con ella.

—Entonces ¿te trataron bien? —pregunto refiriéndome a mis tías y tíos, a quienes recuerdo tratándome casi siempre con desdén por motivos que nunca llegué a comprender.

—Al principio, sí —contesta—. Era el juguete nuevo recién llegado de Inglaterra, imagínate. La chica flaca y bonita de acento gracioso.

Ella los salvó a todos, a los más jóvenes: por fin se libraban del destino de envejecer solteros. Al principio se sintieron agradecidos de ver a su hermano casado.

—Hice de él un *mensh*^[1] —asegura mi madre—. Procuraba que siempre fuera limpio y aseado. No sabía cuidar de sí mismo, así que me ocupé yo. Conseguí que tuviera un aspecto presentable, ya no hubo motivo para que volvieran a avergonzarse de él.

Lo único que recuerdo sentir por mi padre es vergüenza. Siempre iba sucio y desaliñado, y se comportaba de manera infantil e inapropiada.

—¿Qué piensas de él en estos momentos? —pregunto—. ¿Qué crees que le pasa?

—Pues no lo sé, supongo que siempre ha sido muy fantasioso. No está bien de la cabeza.

—¿De verdad? ¿Dirías que es solo eso? ¿No crees que es retrasado mental sin más?

—Bueno, una vez fue a ver a un psiquiatra, después de que nos casáramos, y el hombre me dijo que estaba bastante seguro de que tu padre tenía algún tipo de trastorno de personalidad, pero que no había manera de saberlo

porque se negaba a cooperar, no quería hacerse más pruebas, y nunca volvió a la consulta.

—En fin, no sé... —digo con aire pensativo—. La tía Chaya me dijo una vez que de pequeño le diagnosticaron un pequeño retraso. Según ella, tenía un cociente intelectual de sesenta y seis. Tampoco se podría haber hecho mucho más.

—Ni siquiera lo intentaron —insiste mi madre—. Podrían haberlo puesto en tratamiento.

Asiento.

—Así que, al principio, te trataron bien. ¿Qué pasó después?

Recuerdo que mis tías hablaban de mi madre a sus espaldas y decían cosas horribles de ella.

—Bueno, tras la efusividad del primer momento, empezaron a ignorarme. Hacían cosas y no contaban conmigo. Me trataban con desdén porque procedía de una familia humilde, y ellos, en cambio, se habían casado bien, tenían dinero ya de antes y llevaban vidas muy distintas. Tu padre no tenía trabajo, igual que yo, así que dependíamos de tu abuelo, un hombre tacaño que te daba lo justo para comprar comida. Tu *zeide* era muy listo, pero no entendía a la gente. Había perdido el contacto con la realidad.

Todavía me molesta un poco cuando alguien habla mal de mi familia, me siento obligada a defenderla.

—Tu *bube*, en cambio, me respetaba, de eso me daba cuenta. Nadie le hacía caso, y te aseguro que era más inteligente y tenía una mentalidad mucho más abierta de lo que todos creían.

—¡En eso estamos de acuerdo! —Me llena de alegría descubrir que tenemos algo en común: un miembro de la familia al que vemos de la misma manera—. A mí también me trataba así, me respetaba, aunque todo el mundo pensara que yo era problemática.

—Ya, bueno... Pero la mujer era un cero a la izquierda.

—Eso es verdad.

En resumidas cuentas: mi madre no tenía nada a lo que aferrarse. Ni marido, ni familia, ni hogar. En la universidad sería alguien, tendría un propósito, una meta. Te marchas cuando no te queda nada por lo que quedarte, vas a donde puedes ser útil, a donde te aceptan.

El camarero regresa a la mesa con un *brownie* de chocolate y una vela clavada en el pastelito.

—Cumpleaños feliz... —canta con voz suave, mirándome un instante a los ojos. Yo agacho la cabeza, notando que me he ruborizado.

—Sopla la vela —me anima mi madre mientras saca la cámara.

Qué risa. Estoy segura de que el camarero cree que soy como cualquier otra que ha salido a celebrar su cumpleaños con su madre y que hacemos lo mismo todos los años. ¿Quién imaginaría que mi madre se ha perdido casi todos mis cumpleaños? ¿Cómo puede adaptarse tan deprisa a los cambios y volver atrás como si nada? ¿Le sale de manera natural? Porque a mí no, desde luego.

Después de devorar el *brownie* entre las dos, mi madre hace una pausa y se limpia los labios. Dice que quiso llevarme con ella, pero que no pudo. No tenía dinero. La familia de mi padre amenazó con hacerle la vida imposible si intentaba alejarme de ellos. Dice que la peor de todos fue Chaya, la mayor de mis tías.

—Me trataba como a una basura cuando iba a verte, como si yo no fuera tu madre, como si no te hubiera parido. ¿Qué derecho tenía a comportarse así cuando ni siquiera era hija de tus abuelos?

Mi madre me recuerda que Chaya se casó con el hijo mayor y que se hizo con la batuta nada más contraer matrimonio. Siempre tenía la última palabra, lo organizaba todo y tomaba todas las decisiones e imponía sus opiniones en todas partes.

Cuando mi madre dejó a mi padre de manera definitiva, Chaya también se hizo con las riendas de mi vida. Decidió

que viviría con mis abuelos, que asistiría a una escuela satmar y que me casaría con un chico satmar de una familia religiosa. Al final, fue Chaya quien me enseñó a tomar el control de mi vida, a actuar con mano de hierro, igual que ella, y a no permitir que nadie me obligara a ser infeliz.

Me enteré de que fue Chaya quien convenció a Zeidy para que hablara con la casamentera, aunque yo acababa de cumplir diecisiete años. Fue ella quien dispuso con quién debía casarme, así que, en realidad, podría decirse que mi casamentera fue ella. Me gustaría culparla de todo lo que tuve que soportar como resultado de esa decisión, pero sé que sería injusta si lo hiciera. Soy consciente de cómo funciona nuestro mundo y de que la gente acaba arrasada por la impetuosa corriente de nuestras tradiciones ancestrales.

*Agosto de 2010
Nueva York*



1

En busca de mi poder secreto

Matilda anhelaba que sus padres fueran buenos, cariñosos, comprensivos, honrados e inteligentes, pero tenía que apechugar con el hecho de que no lo eran. [...]

Al ser muy pequeña y muy joven, el único poder que tenía Matilda sobre cualquiera de su familia era el del cerebro.

ROALD DAHL, *Matilda*^[2]

Mi padre me da una mano mientras con la otra busca sin mucho tino la llave del almacén. Las calles están extrañamente vacías y silenciosas en esta parte industrial de Williamsburg. Sobre nosotros, las estrellas emiten un brillo débil en el cielo nocturno; no muy lejos, de vez en cuando se oye el susurro de un coche que pasa por la autopista. Me miro los zapatos de charol. Estoy dando golpecitos impacientes con ellos en la acera y me muerdo el labio para reprimir el impulso. Qué bien haber venido... Tatty no me trae todas las semanas.

Uno de los muchos trabajillos de mi padre consiste en encender los hornos de la panadería *kósher* Beigel's cuando acaba el *shabos*. Todos los negocios judíos deben parar durante el *shabos*, y la ley establece que sea un judío quien

vuelva a ponerlo todo en marcha. Mi padre está capacitado de sobra para un puesto con unos requisitos tan simples. Los empleados gentiles ya están trabajando al llegar él. Preparan la masa, forman hogazas y panecillos. Cuando mi padre cruza el enorme almacén accionando los interruptores, empiezan a oírse zumbidos y un rumor que va cobrando ímpetu a medida que avanzamos por la cavernosa sucesión de salas. Esta semana me ha traído con él, y a mí me resulta emocionante verme rodeada de todo este ajeteo y saber que mi padre es una figura central, que estas personas tienen que esperarlo para poder reanudar su actividad como de costumbre. Me siento importante al saber que él es importante. Los empleados lo saludan con la cabeza cuando pasa, le sonrían aunque haya llegado tarde, y a mí me dan palmaditas en la cabeza con sus manos enharinadas y protegidas por guantes. Cuando mi padre ha terminado con la última sección, todo el obrador se estremece a causa del sonido de las mezcladoras y las cintas transportadoras. El suelo de cemento vibra un poco bajo mis pies. Veo cómo entran las bandejas en los hornos y luego salen por el otro lado con panecillos de un dorado brillante, todos en fila, mientras mi padre charla con los hombres y prueba un *kíjel*.

A Bubby le encantan los *kíjel*. Siempre le llevamos unos cuantos a casa cuando volvemos de la panadería. En la sala delantera del almacén hay estanterías llenas de cajas selladas con bollería y dulces, listas para el reparto de la mañana, y al salir cogemos todas las que podemos. Están las famosas madalenas *kósher* con virutas de colores por encima; las hogazas dulces de babka, con canela o chocolate; el pastel de siete capas bien cargado de margarina; las minigalletas «blanco y negro», de las que solo me gusta comerme la parte de chocolate. Cualquier cosa que escoja mi padre acabará más tarde en casa de mis abuelos, ocupando la mesa del comedor como si fuera un botín, y yo podré probarlo todo.